

Tomás Calvo Buezas (ed.)

**Hispanos en Estados Unidos,
inmigrantes en España:
¿Amenaza o nueva civilización?**

(Madrid, Catarata, 2006)

**El gigante dormido.
El poder hispano
en los Estados Unidos**

(Madrid, Catarata, 2006)

Estos dos libros recogen las ponencias y comunicaciones presentadas en el Simposio Internacional sobre *Hispanos en Estados Unidos/Inmigrantes en España: ¿Amenaza o nueva civilización?*, celebrado en Madrid y Cáceres en junio de 2005. El primer tomo, *Hispanos en Estados Unidos*, compuesto de 24 capítulos o colaboraciones, da una visión comparativa e interdisciplinaria del fenómeno migratorio, su impacto en la educación, lengua, cultura y religión tanto en EE.UU. como en España. El segundo tomo, *El gigante dormido*, se ciñe al presunto poder de los hispanos en EE.UU. y se compone de ocho capítulos que recorren los diferentes ámbitos donde el poder hispano se manifiesta: movimiento chicano, terrorismo, justicia, colonialismo, *mass media* y ciberespacio.

Incapaz de dar cuenta, por escasa que sea, de los 32 capítulos que componen ambos libros, me limito a comentar ciertos aspectos de enfoque y contenido que subyacen al texto y que no

corresponden necesariamente con los bloques temáticos de ambos libros. Empiezo con el perfil biográfico del editor, Tomás Calvo Buezas, que con sus introducciones y capítulos iniciales imprime una marcada tonalidad al texto de ambas obras. Es bien sabido que, en el ámbito de los estudios iberoamericanos, Calvo Buezas ha sido un pionero con sus trabajos sobre los chicanos. Ya en los primeros años setenta, Calvo Buezas hacía trabajo de campo en los *fields* donde trabajaban los braceros mexicanos diseminados por California, Arizona, Nuevo México y Texas. Resultado de esa primera investigación fue su primer libro, *El movimiento chicano: los más pobres en el país más rico*. Esto le llevó a identificarse con los chicanos y el suroeste norteamericano como su área geográfica de estudio, una práctica vigente entre los antropólogos americanos y que en España derivó hacia la identificación de algunos antropólogos con algunos de los pueblos malditos del Estado como los agotes, chuetas o pasiegos. En la década de los setenta, la antropología crítica exigía del antropólogo un compromiso político con su objeto/sujeto de estudio, y este compromiso, en el caso de Calvo Buezas, ha perdurado hasta hoy, impregnando sus trabajos sobre hispanos e inmigrantes de los valores que conforman lo que él llama la «utopía solidaria de una nueva civilización». Alguien diría que se trata de una ética emotiva de intenciones, fundada en sentimientos de compasión, que escamotea las consecuencias reales de los análisis científicos o de los actos políticos. Nada más lejos de eso. Calvo Buezas sabe que los valores interfieren inevitablemente y que no se puede mirar al hecho migratorio «desde ninguna parte», sino desde un punto de vista particular que, en su caso, se identifica con el punto de vista de la utopía soli-

daria, combinando así la pretendida objetividad científica con el valor de la solidaridad grupal, tal como quería el recientemente fallecido filósofo postanalítico Richard Rorty.

En este orden de cosas, Nicolás Bajo Santos, en su trabajo sobre estrategias de adaptación en la inmigración, advierte del riesgo de confusión que se sigue en los estudios migratorios cuando no se distinguen suficientemente los enfoques analíticos de los enfoques ideológicos. Los primeros tratan del *ser* de las migraciones, su significado, sus causas y procesos, su eventual direccionalidad; los segundos tratan del *deber ser*, inspirados en una determinada ética y proyectados hacia la intervención política y social de forma que el proceso migratorio evolucione en un determinado sentido. Es la tipología usada por Milton Gordon en los sesenta, cuando distinguía entre modelos descriptivos y modelos ideales o deseables.

Entre los modelos descriptivos, que dan cuenta de lo que ocurre y no de lo que debería ocurrir, está el trabajo de Carlota Solé y Sonia Parrilla, sobre *Las mujeres inmigrantes no comunitarias en el mercado de trabajo en España*. Se trata de una radiografía sociológica sobre los diferentes perfiles de mujer inmigrante y sus proyectos migratorios que rompe con el tópico de la mujer emigrante pasiva que llega a la sociedad receptora para seguir a su cónyuge. En la división internacional del trabajo, esta mujer queda atrapada en el engranaje del sistema de reproducción doméstico donde los hombres atienden sus necesidades reproductivas y las mujeres se liberan del odioso trabajo doméstico «gratuito» de amas de casa mediante la importación de una fuerza laboral ex-

plotada y discriminada por razón de género, etnia y clase.

Un trabajo inspirado también en el modelo descriptivo, pero no de lo que ocurre sino de lo que ocurrirá en función de lo que está ocurriendo, es el de Héctor Luis Díaz, sobre *El desarrollo socioeconómico de los hispanos en EE.UU. de América: en busca de una teoría*. Tras un recorrido por los factores que pueden incidir en el diferente desarrollo económico de los grupos mexicanos, cubanos y puertorriqueños de EE.UU. (raza, fenotipo, congruencia cultural, asimilación, capital humano, deseo de integración, tamaño del enclave), el autor se detiene en factores contextuales tales como políticas gubernamentales del momento, situación del mercado laboral y disposición de las comunidades étnicas a apoyar a los recién llegados. Portes y Rumbaut sostienen que estos factores contextuales anulan los efectos potenciales de cualquier factor individual o grupal. Este modelo contextual quedaría confirmado, en opinión de sus autores, por la experiencia de los *marielitos*, esos cubanos que en 1980, pobres y sin capital humano alguno, fueron contratados por empresas cubanas. Al cabo de seis años, el 20% de los *marielitos* poseía negocios propios, mientras que los emigrantes de México, América Central y el Caribe de la misma época no han conseguido el mismo éxito ya que las condiciones de su incorporación fueron distintas.

Dentro de los modelos descriptivos hay tres trabajos que abordan categorías explicativas, como asimilación, *melting pot* y pluralismo cultural en sus vertientes de multiculturalismo e interculturalismo. Son los trabajos de Nicolás

Bajo Santos, sobre estrategias de adaptación de los inmigrantes; de Juan Luis Recio Adrados, sobre la prevención del SIDA entre adolescentes latinos, y de Ernesto Barnach-Calbó, sobre educación y sociedad intercultural en EE.UU. Santos Bajo reconoce que la presencia de «nuevos» inmigrantes exige la respuesta de nuevos enfoques teóricos. Así es como se ha desarrollado el modelo de construcción de la identidad étnica, precisamente al rebufo de la competencia entre grupos étnicos. El despertar de la conciencia étnica se produce precisamente, según algunos estudios empíricos, cuando el grupo étnico abandona su enclave y se incorpora a la gran sociedad para competir con otros grupos. Así pues, el viejo dilema de asimilación *versus* etnicidad quedaría superado por el esquema de asimilación + etnicidad. Por su parte, Recio Adrados maneja un concepto de aculturación pro-activa, es decir, aquella que supone una actitud dinámica por parte de la familia latina en su proceso de aproximación a la sociedad dominante. Por un lado, adopta elementos de dicha cultura mientras que, por otro lado, mantiene elementos de la cultura de origen hasta formar un nuevo modelo de familia latina pro-activamente aculturada, esto es, bicultural. Ésta es la familia que presenta, probablemente, una resistencia más eficaz en la prevención de la conducta sexual de riesgo de los adolescentes. Aunque no deja de reconocer Recio que, para las feministas críticas chicanas, la clase, la raza y el género siguen siendo fuerzas de opresión en la familia y sociedad latinas. Según Barnach-Calbó, se observa hoy en los EE.UU. un desplazamiento desde el multiculturalismo al interculturalismo. Este modelo intenta superar la concepción demasiado estática con que el multiculturalismo

observa a la sociedad y los grupos que la componen, mediante una interacción positiva y dinámica de los grupos que lleve a una regulación pacífica y negociada de los conflictos interétnicos. La sociedad intercultural, según él, sería un proyecto político que, partiendo del pluralismo cultural, tiende a desarrollar una nueva síntesis. Y se pregunta Barnach si esta nueva síntesis cultural en EE.UU. se traducirá, dado el peso y volumen del español, en un bilingüismo generalizado de español e inglés. Tras sopesar todo un cortejo de factores concomitantes, su respuesta es ambigua y dubitativa.

En el ámbito de la educación hay tres estudios inspirados también en el modelo descriptivo. El de Nelly Chaudhry, sobre la educación bilingüe en Texas, y más concretamente en el distrito escolar de Forth Worth y Dallas. Chaudhry presenta los tres modelos de enseñanza bilingüe: el tipo «mercedes», que es el modelo bidireccional de idioma dual: el aula se compone de una mitad de angloparlantes nativos frente a otra mitad de hispanohablantes nativos; las clases se dan en ambos idiomas y el objetivo es sacar alumnos bilingües y biculturales. El tipo «utilitario» es la educación bilingüe transicional: el niño es recibido en su idioma materno hasta que poco a poco se incorpora a las clases «normales», es decir, en inglés. Y, finalmente, el modelo «para salir del paso», que es el inglés como segundo idioma, un programa de inmersión que evita ser un mero programa supletorio para convertirse en un programa integrado dentro del currículo escolar. Por si aún quedara alguna duda de que la educación bilingüe en EE.UU. no está obsesionada con el objetivo multiculturalista de mantener la cultura

y la lengua de origen, Chaudhry deja caer el veredicto de la Academia Nacional de la Ciencia tras una revisión de treinta años de enseñanza bilingüe: «No hay evidencia concluyente de que los programas en el idioma nativo sean superiores a los programas de enseñanza de inglés como segundo idioma. Enseñar a los niños a leer y escribir sin desarrollar primero la alfabetización en su idioma nativo no tiene efectos negativos».

Una aplastante confirmación del dictamen de la Academia Nacional de la Ciencia viene a ser el estudio de Christiane Stallaert, sobre los modelos educativos de la ciudad de Bruselas. Es sabido que el Estado federal de Bélgica está dividido en dos regiones, Flandes y Valonia, con un estatuto unilingüe cada una, y una región bilingüe que es la ciudad de Bruselas, con centros escolares cuya lengua de enseñanza es el neerlandés y con centros en francés. La comunidad flamenca de Bruselas maneja un modelo multiculturalista que pone gran atención en la lengua y cultura de origen de los inmigrantes para su integración en la sociedad de acogida, mientras que la comunidad francófona de Bruselas maneja un modelo homogeneizador y asimilacionista como garantía de una futura integración, sin prestar ningún interés a la lengua y cultura de origen del inmigrante. Tras cincuenta años de experiencias bilingües y biculturales, e independientemente del modelo educativo seguido, los inmigrantes de segunda generación, atestigua Stallaert, muestran unos resultados pobrísimos en indicadores de desempleo, de abandono y retraso escolar, repetición de cursos y dificultad para acceder a la universidad, donde tan sólo representan el 2% del alumnado. Ante semejante

sucesión de fracasos, ambos modelos están siendo cuestionados hasta el punto de que el gobierno flamenco está corrigiendo su política educativa hacia un mayor asimilacionismo en detrimento de los objetivos multiculturales, al tiempo que la política educativa francófona está introduciendo alguna diversificación de las materias en función del alumnado extranjero. Ante este estado de cosas, los padres inmigrantes, especialmente los turcos, se han dirigido a los responsables de ambos modelos exigiendo que la enseñanza de sus hijos se adapte antes que nada a las exigencias del mercado laboral, incluso si ello implica sacrificar la lengua y cultura de origen. La verdad del caso, concluye Stallaert, es que ni los especialistas ni los padres inmigrantes saben decir hasta qué punto la enseñanza en lengua y cultura de origen facilita la integración del alumno y favorece su currículo escolar.

Finalmente, el trabajo de Rafael Lara-Alecio y Beverly J. Irby, sobre la educación de los estudiantes hispanos en EE.UU., incide en el alarmante índice de abandono escolar de los estudiantes de educación secundaria, muy por encima de cualquier otro grupo étnico en EE.UU., a pesar de los programas de educación bilingües e inglés como segundo idioma. No obstante este alarmante abandono escolar, ambos autores dejan constancia de los resultados obtenidos por Rubén G. Rumbaut en un estudio de la Universidad de California en Irving durante toda una década: el 97% de los niños mexicanos de segunda generación y el 76% del resto de los niños latinos saben español, mientras que el 90% de todos ellos se defienden muy bien en inglés. Lo que significa que mantienen una lealtad a su idioma nativo cuatro ve-

ces mayor que los niños de los inmigrantes filipinos, vietnamitas y chinos. Lo que da a entender que la asimilación lingüística del inglés entre los niños latinos de segunda generación no comporta obligatoriamente una asimilación del mundo norteamericano, y esto por razones, insinúan los autores, no tanto del fracaso de la educación bicultural, sino por los rasgos particulares de la minoría étnica mayoritaria en EE.UU.

Entre los modelos ideales o deseables del fenómeno migratorio, inspirados no tanto en el *ser* sino en el *deber ser* de las migraciones, se encuentran trabajos tan interesantes como el de José Luis Calvo Buezas, que presenta el idioma como vía libre para la convivencia intercultural basándose en el viejo lema empirista de Berkeley *esse est percipi*, es decir, las cosas no son otra cosa que la imagen que de ellas tenemos, y difícilmente los inmigrantes podrán entrar en el juego intercultural si no controlan el idioma de la sociedad receptora donde se contienen las imágenes del imaginario autóctono. Juan José Jiménez García, profesor del Instituto de Talayuela, en Cáceres, un municipio con el 41% de su población inmigrante y un Instituto de 405 alumnos con el 25% de sus estudiantes marroquíes, hace una defensa cerrada de la educación intercultural, aunque parezca una quimera, como él mismo dice. La enseñanza en dos lenguas y en dos culturas es del todo imprescindible para salvar la identidad del sujeto y la pervivencia cultural del grupo. Y aduce la autoridad de Manuela Caballero, quien en su tesis doctoral sobre dos centros extremeños y otros dos suizos llega a la conclusión de que el éxito escolar de los estudiantes inmigrantes depende en buena medida de

la formación que reciban en su lengua materna. Tras cincuenta años de experiencia intercultural, no opinan lo mismo los padres turcos cuyos hijos asisten a los centros escolares de Bruselas inspirados en el modelo multicultural flamenco.

Por su parte, Isabel Gentil, profesora de la EU de Enfermería de la UCM y «abierta a otras formas de vida», defiende la bidireccionalidad en el aprendizaje de lenguas y culturas entre emigrantes y autóctonos. Tanto el docente como el profesional de la salud no pueden pretender, desde una postura superior más desarrollada y culta, que su experiencia profesional es la lógica y universal. Sólo desde una postura de diálogo intercultural se puede satisfacer el derecho de los inmigrantes a la enseñanza y a la salud. Ejemplo de esta doble dirección en el aprendizaje es el caso del niño español que, obligado a pasar largas temporadas con su asistente marroquí, por ausencia obligada de sus padres, termina hablando árabe con pasmosa fluidez.

Carlos Junquera y Domingo Barbolla abordan la religiosidad de los inmigrantes en España y sus funciones en el proceso de acomodación al país de destino. Junquera se detiene en las celebraciones de la Virgen del Cisne entre los ecuatorianos y del Señor de los Milagros entre los peruanos, y las pretende explicar desde el esquema de los movimientos de revitalización religiosa como rituales que contribuyen a reforzar y redefinir los vínculos con los países de origen. Tal vez se necesite un mayor periodo de tiempo para ver hasta qué punto estas celebraciones cobran consistencia y desempeñan, efectivamente, sus funciones de revitalización

identitaria y cultural. Barbolla, por su parte, se pregunta si la religión islámica en Talayuela, un municipio de Cáceres con un altísimo porcentaje de población marroquí, actúa como un acicate o freno de la conflictividad social. Tras un somero recuento de casos, Barbolla se inclina a mostrar, no a demostrar, dice él, que la vivencia religiosa islámica en Talayuela funciona como un neutralizador del conflicto social. Con todo, estos datos tal vez no sean suficientes para augurar que en Talayuela se está alumbrando una nueva civilización, en contra de los ominosos augurios de Huntington y Sartori.

Entre los trabajos con una orientación más interpretativa que descriptiva está el de Eusebio Medina, de la Universidad de Extremadura y estudioso de la *raya*, que compara la *raya* hispano-lusa con la *línea* fronteriza entre EE.UU. y México. Su punto de mira, por razones obvias, es el del Colegio de la Frontera Norte en Tijuana, lo cual le obliga a mirar al otro lado, al lado gringo, como a una auténtica *terra ignota*, ese espacio imaginado donde habitan los monstruos, donde el inglés, según Medina, es un instrumento de dominación cultural y donde la inmensa mayoría de los norteamericanos hablan exclusivamente inglés y ni entienden ni procuran entender el idioma del otro. Tras un repaso a los perfiles identitarios de las gentes fronterizas, Medina opina que no se dan las condiciones, ni en la *raya* ni en la *línea*, para poder hablar de una específica cultura de frontera. En este mismo ámbito de las identidades fronterizas, María Jesús Buxó desarrolla un sugestivo análisis de la *customización* motora entre los chicanos del suroeste norteamericano, esto es, la personalización del *carro* mediante la manipulación de su mecánica o de su diseño

para conseguir efectos decorativos singulares y extravagantes. Comienza Buxó desafiando el determinismo lingüístico entre lengua y cultura en aquellas situaciones de lenguas y culturas en contacto, para luego mostrarnos cómo la literatura chicana se atreve a combinar el inglés con el discurso cultural hispano, dando origen a nuevos significados, a nuevos relatos e identidades étnicas desde las obligadas transferencias del interlingüismo e interculturalismo fronterizos. En el caso de la *customización* motora, los chicanos se han adueñado del gran icono del *wildwest*, el *carro*, y mediante la caprichosa remodelación de su diseño han impuesto el extravagante estilo del *lowriding*, que funciona como un símbolo de identidad etnopolítica amparado no sólo en rasgos particulares de la cultura chicana, sino en un rasgo universal como el *carro*, despojado esta vez de la aureola sacra con que lo nimba la publicidad de la sociedad dominante.

El segundo libro pendiente de reseña, *El gigante dormido*, versa, como bien lo anuncia el subtítulo, sobre el poder hispano en EE.UU. El editor, Tomás Calvo Buezas, abre el tomo con un capítulo introductorio donde calibra el emergente poder hispano por su peso demográfico, su creciente poder adquisitivo y la acelerada penetración del español en los ámbitos de la alta cultura. Calvo Buezas opina que la formidable huelga del 1 de mayo de 2006, «un día sin inmigrantes», ha sido el pistoletazo de salida que ha despertado al gigante dormido y ha alumbrado un nuevo mestizaje cultural, la utopía solidaria de una nueva civilización. Sin embargo, bien miradas las cosas, es fácil descubrir los puntos vulnerables de la gran comunidad hispana. Dice Alberto Moncada, en su capítulo sobre

La vocación política hispana, que todas las migraciones de los latinoamericanos al país del Norte son resultado de la violencia. No hay un solo enclave hispano en Norteamérica que no esté vinculado a una intervención violenta de EE.UU. en el correspondiente país de origen. Esta obligada conexión entre migración y colonización confiere a los grupos inmigrantes latinos un estatus de subordinación y prolongada explotación frente a la sociedad de acogida. A esta ausencia de poder político contribuye también la abigarrada heterogeneidad que conforma el mundo hispano, hasta el punto que Linda Robinson afirma provocadoramente que «los hispanos no existen». Todo ello lleva a una mínima representación hispana en el Congreso, legislaturas estatales, consejos municipales y juntas de educación, excepto en el ejército, donde el recluta latino es especialmente codiciado. En la guerra de Irak hubo una abultada desproporción de latinos en la infantería ocupante y, consiguientemente, en las bajas. A pesar de esta participación desproporcionada, sólo un 3% de los oficiales son latinos.

Uno de los factores que más ha contribuido a endurecer la suerte de los inmigrantes latinos en EE.UU. ha sido la respuesta de la Administración Bush y del Congreso a la amenaza del terrorismo, tal como sostiene Alejandro del Carmen en su colaboración sobre *La amenaza del terrorismo en EE.UU.* Ya en el atentado de las Torres Gemelas, la comunidad hispana pagó un alto tributo por el número de víctimas latinas indocumentadas cuyas familias nunca pudieron conseguir las indemnizaciones otorgadas al resto de los ciudadanos norteamericanos. Pero ha sido especialmente la promulgación de la Ley Patriótica (*Patriot Act*), del 26

de octubre de 2006, la que, en aras de una sociedad más segura, ha convertido la inmigración en una cuestión de seguridad del Estado: se levanta una valla fronteriza con México, se alienta la formación de grupos voluntarios para colaborar con el Servicio de Inmigración mediante la vigilancia y denuncia de inmigrantes indocumentados, y se establece el criterio de los perfiles raciales como forma de identificar a los sospechosos indocumentados por parte de la policía.

En este estado de cosas, resulta una triste gracia que el sistema de justicia norteamericano actúe como un agente de asimilación entre los inmigrantes latinos en su condición de autores de delitos, víctimas, detenidos y presos. Según la hipótesis que plantea Orlando Rodríguez, profesor de la Universidad Fordham de Nueva York, en su trabajo sobre *El sistema de justicia y los inmigrantes hispanos en los Estados Unidos: ¿un modo de asimilación?*, es bien sabido que el comportamiento criminal se aprende socialmente y que el hispano de segunda generación tiene más interacciones con la policía, los tribunales y las prisiones que la persona blanca media. Esta masiva interacción del latino con los agentes de control social, concluye Rodríguez, le proporciona un aprendizaje social sobre el significado de la conducta desviada, al tiempo que le imprime un estigma o etiquetado que facilitará su eventual carrera delictiva. Si a esto se le añade que las tasas de victimación de los hispanos son comparables con las de los blancos (más bien bajas), mientras que sus tasas de implicación con la justicia penal son comparables a las de los negros (más bien altas), se descubre que hay una velada discriminación hacia los latinos por

parte de los agentes del control social, ya que ambas tasas en cada grupo étnico tienden a ser comparables por la sencilla razón de que víctimas y delincuentes suelen compartir las características sociales de edad, clase, etnia y género.

Frente a este estado de cosas, ¿qué hace el movimiento chicano? Esto es lo que se pregunta José Ángel Gutiérrez, fundador del Partido de la Raza Unida, en su colaboración sobre *El movimiento chicano, ¿vivo o muerto?*, y la respuesta es descorazonadora. A finales de los sesenta, Chávez, Tijerina, Gonzales y Gutiérrez impulsaron el movimiento chicano con el objetivo de crear un partido político independiente. Así nació el Partido de la Raza Unida, dispuesto a construir una nación, la imaginaria Aztlán, dentro de la gran nación americana. En 1978, el Partido de la Raza Unida perdió la oportunidad de presentarse a las elecciones en Texas. Su ímpetu electoral se debilitó hasta el punto de que en los primeros ochenta desapareció cuando sus representantes se presentaron a la reelección por el partido demócrata. Hoy, para la inmensa mayoría de los hispanos, tanto el movimiento chicano como el Partido de la Raza Unida han pasado a la historia. En estos momentos, los famosos cuatro líderes chicanos de los setenta o están muertos o se están muriendo y, si están vivos, no ejercen liderazgo alguno. Para Gutiérrez, el único dato positivo que se divisa en el horizonte es la vigorosa emergencia de las mujeres latinas en el ámbito de la educación y de las titulaciones profesionales. A este ritmo, piensa Gutiérrez, las latinas se convertirán en cabezas de familia (ya lo son desde hace tiempo), figuras políticas y líderes de la comunidad, invirtiendo el siste-

ma del patriarcado machista en una especie de ginecocracia feminista. Si este augurio se cumple, el destino de la comunidad hispana quedará en manos de mujeres en los próximos años.

En este panorama nada halagüeño, el único dato esperanzador es la penetración del español en los campos de la educación, la publicidad y los medios. El español está dejando de ser la lengua de los pobres e ignorantes para convertirse gradualmente en un capital social. Por primera vez hay latinos que, al pasarse al inglés y al mejorar su condición económica y académica, no sienten la necesidad de abandonar el español como un lastre. Cuando este fenómeno se extiende a amplios colectivos, podemos hablar de la ruptura de la ley de hierro de la asimilación lingüística al inglés, y el resultado de esta ruptura es una mayor lealtad al español. Tan es así esta consolidación del español que Ramón-Darío Molinari, en su trabajo sobre *La lucha política puertorriqueña*, y en el caso hipotético de la anexión de la isla al continente, pone en boca de los propios anexionistas puertorriqueños el siguiente comentario: «En el supuesto de la anexión política de la isla a la Unión, sería inconcebible que se impusiera a Puerto Rico la adopción del inglés como único idioma oficial. Semejante imposición sería un suicidio político ante los cuarenta y tantos millones de hispanos que viven en EE.UU.».

Así las cosas, al editor de la primera página de *La Opinión* de Los Ángeles, Juan José García, en el capítulo sobre *El poder de la lengua: la expansión de los medios de comunicación en español en los Estados Unidos*, no deja de provocarle primero «una sonrisa» y luego

«una risita» de incredulidad esta perspectiva optimista del español en EE.UU. Según él, el español es una lengua menguante, condenado a desaparecer, igual que el coreano, el tagalo y el armenio, que son las lenguas que se hablan en el patio del colegio de su hija, o bien igual que el vasco, que supuestamente sería la lengua que se debería hablar en Bakersfield, California, durante la celebración anual de la «fiesta nacional vasca», organizada por los vascos residentes en Nevada y California. Para Juan José García, el español es una lengua menguante porque va a menos entre los nietos de los inmigrantes latinos, que ni la hablan, ni la leen, ni la entienden. Juan José García no presta atención a los resultados del estudio llevado a cabo por Rumbaut en la Universidad de California en Irving, según los cuales el 97% de los niños mexicanos cuyos padres son inmigrantes y el 76% de los hijos de inmigrantes hispanos de otros países saben y hablan español, mientras que el 90% de todos ellos hablan inglés muy bien, lo que significa que los niños latinos mantienen su lengua materna

cuatro veces más que los hijos de inmigrantes filipinos, vietnamitas y chinos.

De todas formas, Juan José García puede encontrar en el artículo sobre *El poder en el ciberespacio*, de Luis Joyanes, decano de la Facultad de Informática de la UPSA, un autorizado pronóstico sobre el español como lengua creciente y no menguante: «La empresa *Britanica Word Data* vaticina que en 2030 y a través de las nuevas tecnologías, se comunicará en español el 7,5% de la población mundial; en árabe, el 4,6%; en ruso, el 2,2%; mientras que en francés lo hará el 1,4%. La opinión pública lo sabe. Hace mucho tiempo *The New York Times* se preguntaba en un editorial: «¿Por qué estudian español los jóvenes *wasps*?». Y se respondía: «Porque es una lengua práctica». Y no necesariamente porque sea una lengua *cool*, como opinan los estudios de mercadotecnia que consulta Juan José García.

Secundino VALLADARES